

HERALDO DE MURCIA

AÑO II

DIARIO INDEPENDIENTE

NÚM 518

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

JUEVES 30 DE NOVIEMBRE DE 1899

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15

MÁS SOBRE DESVIACION

Los patrocinadores del proyecto de desviación del Segura, se agitan sin descanso y dan ya como un hecho la aprobación y realización de este malhadado proyecto, mostrando como un hecho ya indiscutible la consecución del triunfo.

Cuentan para ello, como factor principalísimo, con la protección decidida del actual ministro de Fomento señor Marqués de Pidal, protección que como ya indicábamos pudiera muy bien obedecer á móviles de gratitud, si se tiene en cuenta la relación existente entre cierto expediente que afectaba de un modo directo á dicho marqués y algunos de los patrocinadores del susodicho proyecto.

Puesto que los interesados en la empresa redoblan sus energías y actividades, el instinto de conservación debe animar á redoblar á su vez las suyas á aquellos vastos intereses para los cuales constituiría una ruina inminente la consecución de la desviación proyectada.

El ayuntamiento, que por acuerdo unánime de sus concejales tiene acordado oponerse á todos los proyectos de desviación, está en el caso de significar de un modo enérgico y á la faz del país esa su oposición patriótica, con la cual interpreta el sentir general de los habitantes de esta región: y como el ayuntamiento, deben proceder todas aquellas entidades que obstentan la representación de las fuerzas vivas del país.

Las protestas formuladas, primero ante el gobierno civil y después en el acto de la comprobación oficial del proyecto, por los interesados de las vegas de Orihuela y Murcia, demuestran palpablemente con la fuerza de sus incontrastables argumentos, los enormes perjuicios que habría de irrogar á aquellas la aprobación del proyecto.

Está plenamente probado, que so pretexto de fantásticas industrias, que según manifestación solemne del propio señor Narbona, quedan ya reducidas á la producción de la energía eléctrica para alumbrado, se trata de favorecer los intereses de una empresa particular, amparada en la influencia política, con perjuicio de los intereses generales.

Esto no puede consentirse sin una protesta vigorosa: la protesta de un pueblo que defiende y ampara una fuente tradicional y positiva de riqueza contra bienes ilusorios que se le ofrecen, como señuelo para entibiar sus energías y acallar sus opiniones.

Során muy cándidos los que se dejen seducir por ciertos cantos de sirena, más ó menos sugestivos, con los que se pretende presentar lo blanco negro y beneficioso lo perjudicial y como manantial de bienes lo que sería seguramente semillero de disgustos y origen de ruina.

Lo que procede, pues, es protestar con todas las energías, oponiendo á la influencia oficial que presume de incontrastable el poderoso empuje de las fuerzas vitales del país, interesadas en que el proyecto no prospere, por móviles supremos de salud pública.

LOS PRESTIGIOS

El prestigio es algo así como el misterio de que se rodea á las personas ó á las cosas para asegurarlas el respeto irracional de los que no piensan, que son muchos. Un hombre de mérito que se muestre á las gentes como todos, bajará muchos puntos en la consideración ajena. Cuando adviertan los demás sus defectos ó sus vicios, perderán valor sus virtudes. Lo que no se ve ó no se comprende es lo que se admira.

La hinchazón vana, la solemnidad para todos los momentos, son los toques del prestigio. El cual es cosa eterna en cuanto se logra.

Y no es preciso el talento para tal logro. Oímos decir que Fulano es un prestigio y vemos en él, muchas veces, un tanto de capote.

¿Cómo se llega á ese grado de respeto? De mil modos; hasta por antigüedad. Hay generales, políticos, periodistas, poetas, á quienes la patria no debe ni una victo-

ria, ni un progreso, ni un libro sustancioso, ni una estrofa inspirada, y que habiendo pasado la vida entera en la más dulce oscuridad resultan cualquier día prestigios indudables.

Nada más cómodo ni más seguro. Ser un prestigio es tener el derecho de ser indiscutible y aguantado. Ya puede un prestigio cometer desaciertos, que todos dirán: «Sí, está mal hecho, pero es don Fulano. Y si queréis atacarle querrán disuadirlo; y si preguntáis por qué es él quien dirige un negocio ó un partido, os responderán que por ser hombre de prestigio. Y cuando os atrevaís á destrozar la obra de un literato erigido en prestigio, pero que influye perniciosamente extraviando el gusto ó estancándolo, os llamarán irrespetuosos, y tendrán razón y debéis serlo con lo perjudicial y lo inútil; pero además os tildarán de osado ignorante arrojándoos á la crisma el terrible argumento de que no tenéis autoridad, por ser joven, para juzgar la obra de un viejo.

¿Autoridad? ¿Y quien da eso? Los años no; el mérito en todo caso. Pero además yo he de aceptar la autoridad reconocida.

Yo veo á todas horas hinchados prestigios que pasean su inmensa vanidad; miro sus calvas lucientes, sus vientres abultados. Sinceramente me esfuerzo en buscar sustancia en sus juicios mientras las gentes que pasan deténgense á escucharlos como asombrados.

Ponen el gesto grave, su andar es reposado y magestuoso, y en el teatro ienden inmóviles, arrellanados en el cómodo sillón de su palco, las sublimes armonías de la música. Por el aire que adoptan parecen los únicos que comprenden la oculta expresión de cada nota. Pero hay que mirar sus ojos á donde asoma el rudo espíritu. El arte pasa por aquellas almas como el agua sobre el hule.

RAMON TRILLES.

DESDE MADRID

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.
De política nada puedo decir á los lectores del HERALDO DE MURCIA que ya no sepan.

Que la actual situación no puede ser más deleznable, y que la vida del gobierno tiene contados sus días una vez que se aprueben los presupuestos.

Esta noche se celebrará en la Presidencia Consejo de Ministros y uno de los asuntos que más detenidamente han de tratarse será el de las sesiones dobles para la aprobación de aquellos.

La minoría liberal, según la declaración de su jefe, no es opuesta á este propósito del gobierno, pero las demás minorías se proponen combatirlo enérgicamente. Los liberales coinciden también con el gobierno en que las variaciones que hayan de hacerse en los presupuestos se realicen por medio de enmiendas, y de prevalecer esto, el señor Moret, llevaría la dirección de los debates, no haciéndose obstrucción por parte de la minoría fusionista.

Se dijo ayer que si el día 22 de Diciembre no están aprobados los ingresos y los gastos, se suspenderán las sesiones hasta el día 2 ó 3 de Enero, y al reanudarse entonces las tareas parlamentarias, se discutirá y aprobará lo más necesario para que empiecen á regir los presupuestos.

Se añadía que los proyectos aislados que no estuvieran votados para entonces, quedarían para la segunda legislatura.

El presidente del Consejo, interrogado acerca de este asunto, manifestó que de ningún modo se aplazará la discusión y aprobación de los proyectos de ley especiales que el gobierno ha presentado y se propone presentar muy pronto á las Cortes, pues la discusión de esos proyectos, entre los que figuran los de reformas sociales, se simultaneará con la del presupuesto de ingresos.

Para conseguirlo, el Sr. Silvela anunció que tratará con los jefes de las minorías parlamentarias acerca de la conveniencia de que el Congreso celebre sesiones dobles.

A pesar de la benevolencia de los fusionistas, se cree que desde 1.º de Enero no regirán más impuestos nuevos que los ya aprobados, dejándose los restantes para un nuevo período parlamentario, así como el concierto económico y la ley de incompatibilidades.

«La Patrie» publica el resultado de una «interview» que uno de sus redactores ha celebrado con el representante de Aguinaldo en Europa, Sr. Agoncillo.

Interrogado este acerca de la situación de las Islas Filipinas, enseñó al redactor de «La Patrie» un telegrama oficial de Aguinaldo, concebido en los siguientes términos:

«El gobierno americano acaba de intentar nuevas negociaciones; nos ha ofrecido una forma de gobierno que hemos

rechazado. Por única respuesta á esas proposiciones, el pueblo filipino manifiesta su adhesión entera al gobierno de Aguinaldo, cuya residencia actual está en Luzón. Los americanos rematan á los heridos, fusilan á los prisioneros y se entregan á toda suerte de abominables abusos».

Agoncillo añadió que los filipinos se hallan firmes en su propósito; que son fantásticas todas las noticias que estos días salen de los centros oficiales yanquis y que la guerra terminará con la independencia ó con el total exterminio del pueblo filipino.

El corresponsal.

Efemérides del día

LEON X

El 11 de Diciembre de 1477 vió la luz primera en Florencia Juan de Médicis, hijo del gran duque Lorenzo «el Magnífico», ó sea el que ocupó el Trono Pontificio con el nombre de León X.

Desde muy niño asombró por su talento, y por este motivo, y por el poder de su familia, fué ordenado de sacerdote á los siete años de edad, recibiendo el capelo cardinalicio á los doce, sin que esto motivara protestas ni censuras, porque tan grandes eran sus virtudes, tan bondadoso su carácter y tan vasta su sabiduría, que desde el más humilde sacerdote hasta el más poderoso prelado, tenían á mucha honra poseer su amistad y departir con él sobre los más delicados asuntos de la religión cristiana, por cuyo motivo inútil es decir que muy pronto figuró entre los más distinguidos personajes de la Corte pontificia.

El 11 de Marzo de 1513, cuando contaba 37 años de edad, fué elevado á la silla de San Pedro, á consecuencia de la muerte de Julio II.

La labor de Leon X durante los ocho años que ocupó el Pontificado glorificó de tal modo su nombre, que, no obstante las acerbas y enconadas críticas de que fué objeto, ha pasado á la posteridad como pasan los de los hombres que han dejado en el mundo un algo que es imperecedero por lo grande y por las hermosuras y bondades que atesora.

El Todopoderoso reservó á Leon X la gloria de ser el hombre que más había de trabajar en pro de la redentora obra del Renacimiento, de la conjunción de lo más hermoso del espíritu antiguo con lo más grande y bello del espíritu moderno, y con ello se inmortalizó el vástago que más gloria ha dado á la familia de los Médicis.

Satisfecho de su obra y rodeado de benedictores y alabanzas, Leon X bajó al sepulcro el 1.º de Diciembre de 1521, á los 45 años de edad.

HERNANDO DE ACEVEDO.

RESPUESTA CERRADA

á la carta abierta de Juan-Crisóstomo.-Wolfgang-Teófilo-Mozart (a) Equis.

Amado amigo y contemporáneo: quédeme satisfechísimo y aun más pasmado de asombro al ver que, aunque víctima de engañadora alucinación, pude despertar en tu ánimo movimiento alguno de no escaso interés con mi ya, y gracias á tu ingenio, célebre gacetiilla del día 24 publicada en este mismo periódico.

Nunca pudiera creer y menos esperar que tú, el inmortal autor de «Les noces de Figaro» salieras del largo reposo en que el tiempo te dejara, y menos que despertaras para hacer frente á opiniones que, aunque lo sientas, no puedes menos de reconocer como muy fundadas, dada la confirmación que evidentemente tienen en la realidad. Pero no divaguemos. Ante todo te agradezco sinceramente haber merecido (aunque apócrifo) tu especial atención; y después lamento, también sinceramente, que te hayas equivocado de modo tan sensible tomando, como se dice entre el vulgo, el rábano por las hojas.

Has de saber, mi sapientísimo Equis, que tu afligranada y luminosa epístola ha llenado precisamente un objeto bien distinto al que tú, sin duda alguna, te propusiste: creías tal vez que con tu originalísimo escrito probarías á los que te leyeran el error crasísimo que cometí al hablar con la franqueza ó ingenuidad que usa, quien como yo, dice lo que siente, en vez de afectar conocimiento profundo de aquello que está más lejos de ser entendido por el que más presume de entenderlo; esto creías y esperabas tú seguramente conseguir con tu carta abierta; y mira por donde has obtenido un resultado completamente negativo. Bien se comprende: yo nada exponía en mi gacetiilla que pudiera ser tomado en el sentido que tú, y

solo tú, gran Juan Crisóstomo, lo has tomado equivocadamente. Yo, lejos de quitar mérito á la música moderna, le he dado, sin duda alguna, mas importancia que tú, con tu sistemática defensa, le quieres dar; porque precisamente al considerar esta clase de música como una innovación del arte solo asequible á aquel que los secretos del arte conoce, le doy ya muy cumplidamente esa sublimidad de que hablas en tu famosa epístola, que yo, con tu permiso, sé también en qué consiste lo sublime en el arte de que tratamos. Así, no teniendo argumento posible de que echar mano para iluminar mi obscuridad inteligencia, y menos para contradecir lo por mí dicho anteriormente, te fijas yundas toda tu elocuente réplica en el sentido puramente literal de una frase de mi artículo. Sin duda pensaste que yo, al hablar del tiempo necesario para que una obra musical pase y entusiasme al público, encontré como justo y cabal el plazo de cuarenta y ocho horas, al decir los días.

...Cándido debías llamarte mejor que Equis; que solo á ti se te ocurre discurrir de modo tan peregrino. ¿No sabes ¡oh gran Mozart! que la verdadera música dramática no tiene plazo fijo para quedarse en el público? ¿No comprendes que la música verdaderamente inspirada lo mismo tarda un día que veinte en llegar á impresionar al que la oye, pero que al fin y al cabo impresiona y pasa luego á la inmortalidad, cosa que no sucede con aquella música que carece de inspiración por mas trabajos científicos que contenga? Por otra parte; las mismas obras que en tu escrito nombras; «La Creación», el D. Juan, «Fidelio», etc., no tengas la menor duda de que no ha sido preciso el trascurso de los años para que se comprenda por el público el mérito que encierran; Haydn, Mozart, Gulk, Beethoven, tenían naturalmente conciencia de su modo de obrar, y al dar á luz sus ya inmortales obras lo hacían como no pueden, como no saben hacerlo nuestros transformadores maestros de hoy; esto es, escribiendo de modo adecuado y en armonía con la época y con el público, para el cual escribían; y así el público de entonces siempre comprendió y aplaudió aquellas obras, de igual modo que el público de ahora no comprende ni aplaude las que oye, fruto de los adelantos modernos.

Veas, pues, entrañable Equis cómo tu Carta abierta, lejos de probar nada en contra de la pobre pero sincera opinión mía, ha venido á dar mucha más fuerza á todo lo sostenido por mí en el HERALDO del día 24. En cambio tú ¡oh Juan Crisóstomo Mozart! has dado á entender bien claro que cuando sientas deseos de agitarte en el vacío se te olvida hasta... el entender bien lo que lees en letras de molde.

Para terminar te diré que las alusiones que haces en tu escrito á mi falta de cultura artística ó á mi más completa ignorancia en la materia, me tienen muy tranquilo; tal vez acertas al hablar así: pero lo mismo de un modo que de otro no te lo tomo en cuenta, en gracia al menos del buen rato que me has proporcionado, sobre todo con aquel parralfo de estética pura, que contiene tu luminoso escrito, y que para sí lo quisieran atrapar algunos autores de cualquier «Tratado de Literatura general».

Te saluda reverentemente el apócrifo,
HAYDN

Murcia 30 Noviembre 1899.

UN VERANEO

Como vamos á entrar en el mes de Diciembre, y con él el refresco de la temperatura, me decidí á dejar el hermoso pueblecillo en donde he pasado los ardorosos días del estío.

Al verme de nuevo en la ciudad no pude menos de comparar el movimiento propio de las grandes capitales con la tranquilidad de la aldea, las costumbres sencillas de sus moradores y los días de mi permanencia en ella.

Como quiera que fueron un poquito azarosos, no puedo resistir el deseo de contarles á ustedes cuanto de notable me ocurrió.

Durante los primeros días fué la comidilla de todas las conversaciones, la constante preocupación de las viejas y la distacción de los muchachos, que en cuanto me divisaban se les ocurría todas las diabluras habidas y hasta se permitían verificar carreras de obstáculos por delante de mí, en las que muchas veces tomaba parte inconscientemente.

Más como yo no hice amistades desde los primeros días con nadie del pueblo, porque tengo la creencia de que es muy difícil encontrar amistad verdadera; empezaron á extrañarse de mi conducta y hasta sospechar de mi honradez.

Hubo hasta quien creyó que pudiera ser un malhechor disfrazado de persona decente.

El alcalde, que con perdón sea dicho, es una acémila mayormente, me llamó

una mañana á su despacho, y luego de inspeccionarme detenidamente, le dijo en voz alta al secretario, que estaba á su izquierda:

—Pues mira, la verdad es que tiene mala cara.

—Señor alcalde—protesté yo un poco indignado, porque hay verdades que ofenden, eso son defectos de la naturaleza que no se pueden evitar; yo quisiera ser hermoso como un sol; señor Alcalde, créame usted.

—Bueno; pues usted está acusado de sospechoso, y como quiera que no tiene usted aquí amigos, todos le creen un capitán de ladrones.

Quedé atónito, con los ojos muy abiertos y sin poder pronunciar una sola palabra.

—Señor alcalde!—exclamé al fin en medio del mayor estupor.

—No hay cuidado; yo he procurado tranquilizarlos.

—Pero si yo soy un pobre hombre incapaz de hacer mal á nadie.

—¿A qué viene usted aquí?

—A restaurar mi salud, señor alcalde.

—Eso ya lo veremos. Por de pronto le advierto que como se cometa algún robo ó asesinato aquí ó en las cercanías, será usted preso como su autor. ¡Ah! y que no salga del pueblo hasta que yo lo mande, no vaya á ir á otra parte, no lo conozcan y haga alguna barbaridad.

Salí verdaderamente acongojado y pensando en que mi situación no podía ser más angustiosa.

¿A quien recurrir? Pasé unos cuantos días desesperado y maldiciendo la idea que tuve de ir á aquella aldea baseando la tranquilidad de que tan falso me hallaba.

Una mañana decidí salir á cazar; cogí mi escopeta y salí al campo decidido á matar á algún inexperto pajarillo ó alguna liebre, aunque esto ya lo considero más difícil, por mi torpeza en el manejo de la escopeta; mas cáte que al poco rato de andar por aquellos campos vi un hermoso conejo que se estaba rascando las orejas tranquilamente; me eché la escopeta á la cara, salió el tiro y... yo que siempre he tenido mala puntería, ¡oh! ¡ay! lastimero que como un eco respondía al estampido, y al propio tiempo vi incorporarse á unos cuantos pasos de mí y llevándose las manos á las posaderas, un labriego, en quien yo no había reparado, y que estaba dedicado á las labores agrícolas.

Un pájico indescriptible se apoderó de mí, me vi perdido, me consideré un asesino, vi la horca y... arrojé la escopeta y eché á correr hacia el pueblo, llegando sudoroso y perseguido de cerca por el labriego, que se había apoderado de mi arma, y que dando horribles alaridos pedía socorro.

A pesar de mis reiteradas protestas de inocencia, fui encerrado en la carcel, y allí hubiera permanecido toda mi vida si no tengo la feliz idea de escribir al cacique de la provincia, muy amigo mío, y gracias á él pude verme en libertad y recomendado eficazmente al alcalde y principitos del pueblo.

Desde aquel momento cambié por completo mi situación.

No había espectáculo grande ó chico en que yo no figurara, y hasta el alcalde me obligaba á asistir á las sesiones que celebraba el ayuntamiento y que hiciera uso de la palabra como cualquier concejal.

En cuanto me divisaba un vecino venía á mí y á empujones me hacía entrar en su casa, la mujer salía con un jarrón lleno hasta los bordes de vino, que tenía que beber, ó regañar con mi obsequiante amigo.

No había más remedio; ó acogerse ó perder las amistades.

Las fiestas del patrón del pueblo tuve que organizarlas y presidir la procesión con el alcalde.

Y el sermón? El cura encargado de él estaba enfermo, y todo el ayuntamiento se empeñó en que lo pronunciara yo, y no hubiera tenido más remedio si no se opone tenazmente el vicario diciendo que no consentía semejante profanación.

En las corridas de toros me vi precisado, á pesar del miedo que me daban los cornúpetos, á capear el primer toro, y... quince días estuvo en la cama á consecuencia del revoleón que me dió el bicho.

Cuando me restablecí me dieron un banquete en señal de regocijo, del cual estuve á las puertas de la muerte, porque me hicieron comer tanto, que tuve un cólico cerrado, que si no se abre degenera en peritonitis y R. L. P. fallezco.

Pero no hay remedio, se ha de dar gusto al pueblo, aunque pierda uno la pelleja.

A estas diversiones había que añadir una porción de moscas del mayor tamaño conocido, unos mosquitos llamados desarrolladísimo y un sol ardiente que no permitía la salida de casa durante todo el día.

Por lo demás, se estaba muy bien en el pueblo.

Allí todos decían que estaba más gordo, pero al llegar he tenido que mandar

